

André Gide

## La vuelta del hijo pródigo



QUI he pintado, para mi júbilo secreto, como se hacía en los antiguos trípticos, la parábola que Nuestro Señor Jesucristo contó. Dejando esparcida y confusa la doble inspiración que me anima, no trato de probar que sobre mí ha triunfado ningún Dios, ni siquiera yo mismo. Tal vez, sin embargo, si el lector exigiere de mí alguna actitud piadosa, no la buscaría en vano en mi pintura, pues en ella me he puesto de rodillas, como un donador en la esquina del cuadro, haciendo pareja con el hijo pródigo, como él sonriendo, y a la vez con el rostro empapado de lágrimas.

### EL HIJO PRODIGO

Cuando después de una larga ausencia, cansado de su fantasía y como desenamorado de sí mismo, el hijo pródigo, desde el fondo de esa privación que buscaba, piensa en el rostro de su madre; en la pieza no estrecha en la que su madre por sobre el lecho se inclinaba, en

el jardín cuya sed saciaba un agua pura, pero cerrado y del cual siempre deseaba evadirse, en el ordenado hermano mayor que nunca quiso, pero que aun posee en la espera aquella parte de sus bienes que él, pródigo, no pudo dilapidar—el hijo se confiesa que no ha encontrado la dicha, que ni siquiera supo prolongar mucho tiempo la embriaguez que, a falta de la dicha, buscaba.—¡Ah! piensa, si mi padre, en un comienzo irritado en contra mía, me creyó muerto, quizás, a pesar de mi pecado, se alegrará de verme. ¡Ah!, si volviendo a él humildemente, e inclinándome frente a él con la cabeza cubierta de ceniza, le dijera: «Padre mío, he pecado contra el cielo y contra ti», ¿qué haré si, con su mano levantándome, me dice: «Entra a casa, hijo mío...»? Y ya el hijo piadosamente se encamina.

Cuando en la cima del collado divisa por fin los techos humeantes de la casa, atardece; pero espera las sombras de la noche para velar un poco su miseria. Oye a lo lejos la voz de su padre; sus rodillas se doblan: cae y cubre con sus manos su rostro, pues su vergüenza lo avergüenza. Tiene hambre; ya no tiene, entre los pliegues de su capa rota, más que un puñado de esas dulces bellotas que hacían su alimento, semejante a los puercos que cuidaba. Ve los preparativos de la cena. Distingue a su madre que avanza por la escalinata. No resiste más, baja corriendo la colina, entra al patio, ladrado por su perro, que no lo reconoce. Quiere hablar a los sirvientes, pero ellos, desconfiados, se apartan y van a prevenir al amo. Helo aquí.

Esperaba sin duda al hijo pródigo, ya que, sin titubear, lo reconoce. Abre sus brazos; el hijo entonces se arrodilla ante él, y ocultando con un brazo su frente, levantando el otro hacia el perdón, le grita:

—¡Padre mío, padre mío! He pecado gravemente contra el cielo y contra ti; indigno soy de que me lla- mes; pero, al menos, como el último de tus sirvientes, en un rincón de nuestra casa, déjame vivir...

El padre lo alza y lo estrecha entre sus brazos:

—¡Hijo mío, bendito sea el día en que vuelves a mí!—y su alegría, que de su corazón desborda, llora. Levanta la cabeza de sobre la frente de su hijo a quien besaba, se vuelve hacia los sirvientes:

—Traed la más hermosa vestidura. Poned sandalias en sus pies, un anillo precioso en su dedo. Buscad en los establos el ternero más gordo, y matadlo. Preparad un festín de regocijo, pues vive el hijo que yo creía muerto.

Y como la noticia ya se esparce, corre, no quiere que otro diga:

—Madre, el hijo que llorábamos nos es devuelto.

• • •

La alegría de todos que sube como un cántico preocupa al hijo mayor. Si se sienta a la mesa común, es porque el padre lo constriñe, invitándolo y urgiéndolo. Solo él entre todos los invitados—y está allí hasta el último sirviente—muestra enojo en su rostro: ¿por qué

más honor al pecador arrepentido que a él, a él que nunca pecó? Prefiere el orden al amor; si accede a estar en el festín es porque, dispensando a su hermano, puede prestarle por esa noche regocijo; y también porque su padre y su madre le han prometido reprenderlo mañana, y porque él también se dispone a amonestarle gravemente.

Humean las antorchas hacia el cielo. Terminó el festín, y los criados levantan la mesa. Ahora, en la noche en que ni un soplo se levanta, alma tras alma, la casa fatigada va a dormir. Sin embargo, en la pieza contigua a la del pródigo, hay un niño, su hermano menor, que en vano buscará el sueño hasta el amanecer.

### LA REPRESION DEL PADRE

Dios mío, hoy, como un hijo, me arrodillo ante tí, empapado de lágrimas mi rostro. Si rememoro y transcribo aquí tu apremiante parábola, es porque sé cuál era tu hijo pródigo, porque en él me veo, porque en mí oigo a veces y repito en secreto esas palabras que le haces gritar desde el fondo de su grande aflicción:

—¡Cuántos mercenarios de mi padre tienen el pan en abundancia, y yo me muero de hambre!

Me imagino el abrazo del Padre y ante un amor como el suyo mi corazón se funde. Aun me imagino una precedente aflicción; ¡ah, me imagino todo lo que se quiera! Lo creo; yo soy aquél cuyo corazón palpita cuando, en la cima del collado, vuelve a ver los techos azules

de la casa que abandonó. ¿Qué espero pues para bajar corriendo la colina y entrar donde me esperan? Veo ya cómo preparan el ternero gordo... ¡Un momento! ¡no aderecéis el festín demasiado pronto! Hijo pródigo en ti pienso; dime primero lo que te dijo el padre, al otro día, después del festín del regocijo. ¡Ah!, a pesar de lo que el hermano mayor te sugiere, ¡ojalá que oiga a veces, Padre, tu voz a través de sus palabras!

—Hijo mío, ¿por qué me has abandonado?

—¿Te he abandonado verdaderamente? Padre! ¿no estás en todas partes? Ni un momento he dejado de amarte.

—No argumentemos. Yo tenía una casa que te encerraba, que había sido elevada para ti, y generaciones trabajaron para que pudiera tu alma encontrar en ella abrigo, comodidad, empleo y un lujo digno de ella. ¿Por qué tú, el heredero, el hijo, por qué te evadiste de la Casa?

—Porque la Casa me encerraba. La Casa no eres tú, Padre mío.

—Y, sin embargo, yo la he construído, y para ti.

—Ah! No tú, sino mi hermauo, ha dicho eso. Tú has construído toda la tierra, la Casa y lo que no es la Casa. No tú, otros han construído la Casa; en tu nombre, lo sé; pero otros, no tú.

—El hombre necesita un techo bajo el cual reposar su cabeza. ¡Orgullosos! ¿Piensas poder dormir al aire libre?

—No pienso que sea preciso tanto orgullo; otros, más pobres que yo, lo hacen.

—Son los pobres. Pero tú no eres pobre; nadie puede abdicar sus riquezas. Te había hecho rico entre todos.

—Bien sabes, padre mío, que al partir llevé de mis riquezas cuanto pude. ¿Para qué quiero bienes que no puedo llevar conmigo?

—¿Gastaste locamente esa fortuna que llevaste?

—Cambié tu oro en placeres, en fantasía tus preceptos, mi austeridad en deseos, mi castidad en poesía.

—¿Y para eso tus padres económicos se dedicaron a destilar en ti tanta virtud?

—Para que ardiera con una llama más hermosa, quizás, ya que un nuevo fervor me incendiaba.

—Piensa en la pura llama que Moisés vió en la zarza sagrada: brillaba, pero sin consumir.

—Yo conocí el amor que consume.

—Quiero enseñarte el amor que atempera. ¿Qué te quedó al cabo de poco tiempo, hijo pródigo?

—El recuerdo de esos placeres.

—Y la miseria que los sigue.

—Padre, en esa miseria me sentí cerca de ti.

—¿Te impulsaron, pues, las privaciones a volver hacia mí?

—No sé. No sé. Pero fué en la aridez del desierto cuando más amé mi sed.

—¿Quizás tu miseria te hizo apreciar mejor el valor de las riquezas?

—¡No, eso no! ¿No me comprendes padre mío? Mi corazón, desprovisto de todo, se llenó de amor, y al precio de toda mi fortuna aprendí a ser ferviente.

—Entonces, ¿eras feliz lejos de mí?

—No me sentía lejos de ti.

—¿Qué fué, pues, lo que te hizo volver? Habla.

—No sé. La pereza, quizás.

—¡La pereza, hijo mío! ¡Cómo! ¿No fué el amor?

—Padre, ya te lo he dicho, nunca te amé más que en el desierto. Pero estaba cansado de procurarme la subsistencia cada día. En la casa al menos se come bien.

—Sí; los criados proveen a ello. Así, ¿fué el hambre lo que te trajo?

—Quizás la cobardía también, la enfermedad... Me debilitó, a la larga, el alimento inseguro; pues comía frutos salvajes, langostas y miel. Soportaba cada vez más mal la incomodidad, que en un comienzo atizó mi fervor. Por las noches, entumecido, pensaba en el tibio lecho de la casa de mi padre, y al ayunar pensaba que en la casa de mi padre siempre sobrepasó mi hambre la abundancia de los guisos servidos. Flaquéó mi energía: para seguir luchando, ya no me sentía bastante valeroso, ni bastante fuerte y, sin embargo...

—Así, pues, ¿te ha parecido bueno el ternero gordo de ayer?

El hijo pródigo se prosterna sollozando.

—¡Padre mío! ¡Padre mío! El gusto salvaje de las bellotas dulces subsiste, no obstante, en mi boca; nada podría cubrir su sabor.

—¡Pobre niño!—prosigue el padre levantándolo—tal vez te he hablado duramente. Tu hermano lo ha querido: aquí es él el que hace la ley y él me conminó a decirte: «¡Fuera de la casa no hay salvación para ti!» Pero escucha: Yo te formé; yo sé lo que hay en ti; sé lo que te empujaba a los caminos, y te esperaba. Si me hubieras llamado... yo habría estado allí.

—Padre mío, ¿habría podido, pues, encontrarte sin regresar?

—Si te has sentido débil has hecho bien en volver. Vé ahora a la pieza que he hecho preparar para ti. Basta por hoy, descansa; mañana podrás hablar a tu hermano.

## LA REPRESION DEL HERMANO MAYOR

El hijo pródigo trata primero de hablarle con altivez.

—Hermano mayor—comienza—casi no nos parecemos. No nos parecemos, hermano.

Y el hermano responde:

—Tuya es la culpa.

—¿Por qué mía?

—Porque yo estoy dentro del orden; lo que de él se distingue es fruto o simiente de orgullo.

—Así, ¿sólo puedo distinguirme por mis defectos?

—No lames cualidad sino a lo que te hace regresar al orden; reduce todo lo demás.

—Esa mutilación es lo que temo; y también eso que vas a suprimir viene del Padre.



—¡Ah! No suprimir; reducir te he dicho.

—Sí; te entiendo. Así también había reducido mis virtudes. Y es por eso también que ahora las encuentro.

—Debes exaltarlas. Entiéndeme bien: no una disminución, es una exaltación de ti lo que propongo, a la que concurren, simbólicamente, los más diversos y los más insubordinados elementos de tu carne y de tu espíritu, en la que lo peor de ti alimenta a lo mejor, y lo mejor se someta a...

—También era una exaltación lo que buscaba, lo que encontraba en el desierto, y tal vez no muy diferente de la que me propones.

—A decir verdad, lo que quisiera es imponértela.

—No hablaba tan duramente nuestro Padre.

—Sé lo que te ha dicho el Padre: vaguedades. Ya no se explica claramente, de modo que uno le hace decir lo que quiere. Pero yo conozco bien su pensamiento; yo lo interpreto ante los servidores, y el que quiera comprender al Padre debe escucharme.

—Yo lo entendía muy fácilmente sin ti.

—Te parecía; pero comprendías mal. No hay varias maneras de comprender al Padre, ni hay varias maneras de escucharlo, ni hay varias maneras de amarlo, a fin de que estemos unidos en ese amor.

—En su Casa.

—Este amor lleva a ella. Bien lo ves, ya que has vuelto. Dime ahora: ¿qué te impulsaba a partir?

—Comprendía que la Casa no es todo el universo y que yo mismo no estoy enteramente en el que tú que-

rías que fuera. A pesar mío, concebía otros cultivos, otras tierras y caminos que a ellas conducían, caminos no trazados; concebía en mí un ser nuevo que sentía agitarse dentro de mí mismo, y me evadí.

—Piensa en lo que habría ocurrido si, como tú, yo hubiera abandonado la Casa del Padre. Los servidores y los bandidos habrían saqueado todos nuestros bienes.

—Poco me importaba entonces. Adivinaba otros bienes...

—Que exageraba tu orgullo. Hermano mío, la indisciplina pasó. Sabrás, si aun no lo sabes, de qué caos ha salido el hombre, y no completamente. Con todo su peso ingenuo vuelve a caer en él en cuanto el espíritu deja de sostenerlo. No lo aprendas a costa tuya: los bien ordenados elementos que te componen sólo esperan una condescendencia, una flaqueza de tu parte para volver a la anarquía... Pero lo que nunca sabrás es el largo tiempo que ha precisado el hombre para elaborar al hombre. Ahora que el modelo está obtenido, sujetémonos a él. «Sujeta firme lo que tienes», dice el Espíritu al Ángel de la Iglesia, y agrega: «para que ninguno te quite tu corona». Lo que tienes, es tu corona, es esa reyecía sobre los demás y sobre tí mismo. El usurpador, que está en todas partes, que mero dea en torno tuyo, dentro de ti mismo, acecha tu corona. Sujeta firme, hermano mío! Sujeta firme.

—Hace ya mucho tiempo que he soltado; ya no puedo cerrar la mano sobre mis bienes.

—Sí, sí, yo te ayudaré. He velado por tus bienes durante tu ausencia.

—Y además, conozco esas palabras del espíritu: no las citaste completas.

—En efecto, siguen así: «al que venciere yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá afuera».

—«Y nunca más saldrá afuera». Eso es precisamente lo que me atemoriza.

—¡Pero si es para su dicha!

—Oh! bien comprendo. Pero yo estaba en ese templo.

—Y no te encontraste bien afuera, ya que quisiste regresar.

—Ya sé, ya sé. Estoy de vuelta; lo reconozco.

—¿Qué bienes, que aquí no encuentres en abundancia, puedes buscar en otra parte? O mejor: sólo aquí están tus bienes.

—Sé que me has guardado algunas riquezas.

—Las que no dilapidaste, las que nos son comunes a todos nosotros: los bienes raíces.

—Entonces, ¿ya no poseo nada personal?

—Sí, la parte especial de dones que nuestro padre quiera, quizás, todavía concederte.

—Sólo eso me interesa; consiento en no poseer más que eso.

—¡Orgullosos! No serás consultado. Te diré, todo eso es inseguro y más bien te aconsejo que renuncies a

esa parte de bienes personales que ya fueron causa de tu perdición y que tan pronto dilapidaste.

—No podía llevarme los otros.

—Por eso los hallarás intactos. Basta por hoy; sumérjete en el reposo de la Casa.

—Está bien, porque estoy fatigado.

—¡Bendita sea entonces tu fatiga! Duerme ahora. Mañana tu madre te hablará.

## LA MADRE

Hijo pródigo cuyo espíritu se rebela aún ante las palabras de tu hermano, deja ahora que hable tu corazón. Cuán agradable es para ti, medio tendido a los pies de tu madre, con la frente escondida en sus rodillas, sentir cómo su mano cariñosa inclina tu nuca rebelde.

—¿Por qué me has dejado tanto tiempo?

Y como sólo sus lágrimas responden:

—¿Por qué llorar ahora, hijo mío? Has vuelto. Esperándote derramé todas mis lágrimas.

—¿Me esperabas todavía?

—Nunca he dejado de esperarte. Antes de dormirme, cada noche, pensaba: Si vuelve, ¿podrá abrir bien la puerta en la obscuridad? Y el sueño se alejaba de mí. Cada mañana, antes de despertarme enteramente, pensaba: ¿No es hoy cuando regresa?, después, oraba. He orado tanto, que debías volver.

—Tus plegarias han forzado mi regreso.

—No te rías de mí, hijo mío.

—Oh! madre, vuelvo a ti muy humilde. ¡Mira como pongo mi frente más abajo que tu corazón! Todos mis pensamientos de ayer son vanos hoy. Apenas si comprendo, a tu lado, por qué abandoné la casa.

—¿No partirás de nuevo?

—Ya no puedo partir.

—¿Qué te atraía pues?

—Ya no quiero pensarlo: Nada... Yo mismo.

—¿Pensabas ser feliz lejos de nosotros?

—No buscaba la felicidad.

—¿Qué buscabas?

—Buscaba... al que era.

—Oh! eras hijo de tus padres, y hermano entre tus hermanos.

—No me parecía a mis hermanos. No hablemos de eso, ya estoy de vuelta.

—Sí, sigamos hablando: no creas a tus hermanos tan diferentes de ti.

—Mi única inquietud ahora es parecerme a todos vosotros.

—Lo dices como con resignación.

—Nada es más fatigoso que realizar su desemejanza. Este viaje ha terminado por cansarme.

—Has envejecido, es cierto.

—He sufrido.

—¡Mi pobre hijo! Sin duda, todas las tardes no te esperaba un lecho, ni la mesa puesta para cada comida.

—Comía lo que encontraba, y a menudo no hallé para mi hambre sino fruta verde o medio podrida.

—Siquiera, ¿sólo el hambre sufriste?

—El sol del mediodía, el viento frío del corazón de la noche, la arena vacilante del desierto, las zarzas en que mis pies se ensangrentaban, nada me detuvo, pero—y esto no lo he dicho a mi hermano—tuve que servir . . .

—¿Por qué lo ocultaste?

—Amos perversos maltrataban mi cuerpo, exasperaban mi orgullo, y me daban apenas que comer. Entonces pensé: Ah! servir por servir . . . ! En sueños vi la casa y volví.

El hijo pródigo inclina de nuevo la frente que tíernamente acaricia su madre.

—¿Qué vas a hacer ahora?

—Ya te lo he dicho: tratar de parecerme a mi hermano mayor, administrar nuestros bienes, tomar, como él, una mujer . . .

—Sin duda, piensas en alguien, al decir eso.

—¡Oh!, no. La que tu escojas será la preferida. Haz como hiciste con mi hermano.

—Me habría gustado escogerla de acuerdo con tu corazón.

—¡Qué importa! Mi corazón había escogido. Abandono un orgullo que pudo alejarme de ustedes. Escoge por mí. Me someto, te digo, como someteré a mis hijos; así, mi tentativa no me parecerá tan vana.

—Escucha, hay ahora un muchacho del que podrías ocuparte.

—¿Qué quieres decir, y de quién hablas?

—De tu hermano menor, que no tenía diez años cuando te fuiste, a quien reconociste apenas, y que, sin embargo . . .

—Termina, madre, ¿qué te inquieta ahora?

—Y en el cual, sin embargo, habrías podido reconocerte, porque se parece mucho a lo que tú eras cuando te fuiste.

—¿Parecido a mí?

—Al que eras, te digo. No todavía, ¡ay! al que eres.

—Al que será.

—Al que hay que hacerlo ser al momento. Háblale. Te escuchará, seguramente, a ti, el pródigo. Dile qué desengaños había en el camino, evítale . . .

—Pero, ¿por qué te alarmas así por mi hermano? Quizás es sólo una simple semejanza de rasgos . . .

—No, no. La semejanza entre tú y él es más profunda. Por él me inquieto ahora de lo que no me inquieté bastante en un tiempo por ti mismo. Lee demasiado, y no siempre prefiere los buenos libros.

—¿No es más que eso?

—Se va a menudo a la parte más alta del jardín. tú sabes, de donde se puede ver toda la comarca por encima de los muros.

—Me acuerdo. ¿Y eso es todo?

—Está más en la granja que con nosotros.

—Ah! Y eso ¿qué tiene?

—Nada malo. Pero frecuente, no al granjero, sino a los peones, y a los que no son de la región. Hay uno, sobre todo, que viene de lejos, y que le cuenta historias . . .

—Ah! el porquero . . .

—Sí. ¿Lo conocías? Para escucharlo, tu hermano lo sigue a las porquerizas cada día, vuelve sólo a las horas de comida, sin apetito, y con la ropa hedionda. Las reprensiones son inútiles, se rebela bajo la amenaza. Algunas mañanas, al clarear el día, antes que nadie se haya levantado, corre a acompañar hasta la puerta a ese porquero cuando sale a apacentar su piara.

—Pero él sabe que no debe salir.

—¡Tú también lo sabías! Un día se me escapará, estoy segura. Un día partirá . . .

—No, yo le hablaré, madre; no te alarmes.

—Sé que a ti te escuchará muchas cosas. ¿Has visto cómo te miraba la noche que llegaste? ¡Qué prestigio tenían tus andrajos a sus ojos, y, después, el traje de púrpura que tu padre te dió! Temo que en su espíritu mezcle una y otra cosa, y que lo que ante todo lo atrae sean los andrajos. Pero este pensamiento ahora me parece loco. Porque, si tú, hijo mío, hubieras podido prever tanta miseria, no nos habrías abandonado, ¿no es cierto?

—Yo no sé cómo he podido abandonarte, a ti, madre.

—Pues bien, dile todo eso.

—Todo eso se lo diré mañana por la tarde. Bésame



ahora en la frente como cuando era niño y me mirabas dormir. Tengo sueño.

—Ve a dormir. Yo voy a rezar por todos vosotros.

### DIALOGO CON EL HERMANO MENOR

Al lado de la pieza del pródigo, hay una, amplia, de murallas desnudas. El pródigo, con una lámpara en la mano, avanza hacia el lecho en que su hermano menor reposa con el rostro vuelto hacia el muro. Comienza en voz baja, a fin de no turbar su sueño, si duerme.

—Querría hablarte, hermano mío.

—¿Por qué no lo has hecho?

—Creí que dormías.

—No es necesario dormir para soñar.

—¿Soñabas? ¿Con qué, dime?

—¿Qué te importa! Si ni yo comprendo ya mis sueños, se me ocurre que no eres tú quien me los va a explicar.

—¿Tan sutiles son? Si me los contaras, intentaría.

—¿Acaso uno escoje sus sueños? Los míos son lo que ellos quieren, y más libres que yo . . . ¿que vienes a hacer aquí? ¿Por qué perturbas mi sueño?

—No estás durmiendo, y vengo a hablarte dulcemente.

—¿Qué tienes que decirme?

—Nada, si lo tomas así.

—Entonces, adiós.

El pródigo va hacia la puerta, deja en el suelo la lámpara que ilumina ahora débilmente la pieza, y luego vuelve, se sienta a la orilla del lecho y, en la sombra, acaricia largamente la frente de su hermano.

—Nunca respondí a mi hermano tan duramente como tú a mí. Sin embargo, yo también protestaba contra él.

El niño indócil se yergue bruscamente:

—Di: ¿el hermano te manda?

—No, pequeño; él no, nuestra madre.

—¿No habrías venido por ti mismo?

—Pero sin embargo vengo como amigo.

Medio levantado en su lecho, el niño mira fijamente al pródigo.

—¿Cómo podría ser mi amigo alguno de los míos?

—Te equivocas con respecto a nuestro hermano...

—¡No me hables de él! Lo odio... Todo mi corazón se impacienta contra él, y él es la causa de que te haya respondido duramente.

—¿Cómo así?

—No comprenderías.

—Habla, sin embargo...

El pródigo mece a su hermano entre sus brazos, y ya el niño adolescente se abandona:

—La noche de tu regreso no pude dormir. Toda la noche pensaba: tenía un hermano, y no lo sabía... Por eso mi corazón latió tan fuertemente cuando, en el patio de la casa, te vi avanzar cubierto de gloria.

—¡Ay! Estaba entonces cubierto de andrajos.

—Sí, te vi. Pero ya glorioso. Y vi lo que hizo nuestro padre: puso un anillo en tu dedo, un anillo como no lo tiene nuestro hermano. No quería interrogar a nadie sobre ti: sólo sabía que volvías de muy lejos; y tu mirada, en la mesa . . .

—¿Estabas también en el festín?

—Oh! Bien sé que no me viste; durante toda la comida mirabas a lo lejos, sin ver nada. Y, que hayas ido a hablar la segunda noche con el padre, estaba bien, pero la tercera . . .

—Termina.

—Ah! Aunque no hubiera sido más que una palabra de cariño, ¡bien podrías habérmela dicho!

—¿Me esperabas, pues?

—¡Y tanto! ¿Piensas que odiaría a tal punto a nuestro hermano si no hubieras conversado tan largamente con él aquella tarde? ¿Qué has podido decirle, y él a ti? Bien sabes que, si nos parecemos, no puedes tener nada de común con él.

—Lo había agraviado seriamente.

—¿Es posible?

—Por lo menos, a nuestro padre y a nuestra madre. Sabes que había huído de la casa.

—Sí; lo sé. Hace mucho tiempo, ¿no es cierto?

—Más o menos cuando tenía tu edad.

—¡Ah! . . . ¿Eso es lo que llamas tus agravios?

—Sí, esa fué mi culpa, mi pecado.

—Cuando partiste, ¿sentías que procedías mal?

—No; sentía en mí como una obligación de partir.

—¿Y qué ocurrió después, que pudo transformar tu verdad de entonces en error?

—Sufrí.

—¿Y fué eso lo que te hizo decir que eras culpable?

—No, precisamente: me hizo reflexionar.

—¿Antes no habías reflexionado, pues?

—Sí, pero mi débil razón estaba subyugada a mis deseos.

—Como más tarde lo estuvo al sufrimiento. ¿De manera que hoy vuelves... vencido?

—No, precisamente: resignado.

—En una palabra, has renunciado a ser el que querías ser.

—El que mi orgullo me quería hacer creer que era.

El niño permanece un instante silencioso, y luego, bruscamente sollozando, exclama:

—¡Hermano mío! Yo soy el que tú eras al partir. ¡Oh! dime: ¿sólo has encontrado desengaños en el camino? Lo diferente que presiento fuera, ¿no es, pues, más que espejismo, y locura todo lo nuevo que presiento en mí? Dime: ¿qué cosa tan desesperante has hallado en tu camino? ¡Oh! dime: ¿qué te ha hecho volver?

—Perdí la libertad que buscaba, y, una vez cautivo tuve que servir.

—También aquí estoy cautivo.

—Sí; pero yo tuve que servir a malos amos. Los que aquí sirves son tus padres.

—¡Ah! servir por servir. ¿No tiene uno siquiera la libertad de escoger su servidumbre?

—Así creía. Como Saúl en la persecución de sus burras, caminé, tan lejos como mis pies me condujeron, en la persecución de mi deseo; pero, donde a él lo esperaba un reino, encontré la miseria. Y, sin embargo...

—¿No equivocaste el camino?

—Caminé derecho frente a mí.

—¿Estás seguro? Y, sin embargo, hay otros reinos aun y tierras sin rey que descubrir.

—¿Quién te lo ha dicho?

—Lo sé; lo siento. Ya me parece dominarlas.

—¡Orgullosos!

—¡Ah! ¡ah! eso es lo que te ha dicho nuestro hermano. ¿Por qué ahora me lo repites tú? ¿Por qué no guardaste ese orgullo? No habrías regresado.

—Y no habría podido conocerte.

—Sí, allá, donde yo te hubiera alcanzado, me habrías reconocido como hermano tuyo. Y, aun, me parece todavía que si me voy, es para encontrarte.

—¿Te vas?

—¿No lo has comprendido? ¿Tú mismo no me alienas a partir?

—Querría evitarte el regreso, pero evitándote la partida.

—No, no, no me digas eso; no es eso lo que tú quieres decir. Tú también, ¿verdad? partiste como un conquistador.

—Y fué lo que me hizo parecer más dura la servidumbre.

—Entonces, ¿por qué te sometiste? ¿Estabas ya tan cansado?

—No, todavía no; pero dudé.

—¿Qué quieres decir?

—Dudé de todo, de mí mismo. Quise detenerme, fijarme por fin en alguna parte. La comodidad que me prometía ese amo me tentó... sí, ahora lo comprendo bien: fui débil.

El pródigo inclina la cabeza y oculta su mirada entre sus manos.

—¿Pero antes?

—Había caminado largo tiempo a través de la ancha tierra indómita.

—¿El desierto?

—No siempre era el desierto.

—¿Qué buscabas allí?

—Ya no lo comprendo.

—Levántate. Mira ahí, sobre la mesa, junto a ese libro destrozado.

—Veo una granada abierta.

—El porquero me la trajo la otra noche, después de haber estado tres días fuera.

—Sí, es una granada salvaje.

—Lo sé. Es de una acritud espantosa. Sin embargo, me doy cuenta de que, si tuviera bastante sed, la mordería.

—¡Ah, ahora puedo decírtelo! Esa sed era la que buscaba en el desierto.

—Una sed que sólo ese agrio fruto sacia...

—No, no que sacia, sino que hace amar esa sed.

—¿Sabes dónde hallarlos?

—En un pequeño huerto abandonado, al que se llega antes de la noche. Ningún muro lo separa ya del desierto. Allí corría un arroyo, y algunas frutas medio maduras colgaban de las ramas.

—¿Qué frutas?

—Las mismas que hay en nuestro jardín, pero salvajes. Había hecho mucho calor durante todo el día...

—Escucha: ¿sabes por qué te esperaba esta noche? Antes de que el día llegue, me iré. Esta noche, en cuanto esta noche palidezca... He ceñido mi cintura, no me he quitado las sandalias.

—¡Cómo! ¿Tú harás lo que yo no he podido hacer?...

—Me has abierto el camino, y el pensar en ti me sostendrá.

—Si yo te admiro, tú debes olvidarme. ¿Qué llevas?

—Bien sabes que, como hermano menor, no tengo parte de la herencia. No llevo nada.

—Es mejor.

—¿Qué miras en la ventana?

—El jardín en que duermen nuestros parientes muertos.

—Hermano mío... (y el niño, que se ha levantado del lecho, envuelve el cuello del hijo pródigo con un brazo que se hace tan suave como su voz). ¡Parte conmigo!

—¡Déjame! ¡déjame! me quedo para consolar a nuestra madre. Serás más valiente sin mí. Ya es tiempo, el

cielo palidece. Parte sin ruido. Vamos, abrázame, hermano menor: te llevas todas mis esperanzas. Sé fuerte; olvídanos, olvídame. Ojalá que no vuelvas... Baja suavemente. Yo sujeto la lámpara...

—¡Ah! dame la mano hasta la puerta.

—Cuidado con las gradas de la escalinata...

*Traducción por OSCAR VERA L.*